

## Gian Carlo Menotti

■ No sé qué extraña asociación se me produce entre los aficionados a la ópera y los hinchas de fútbol. Tal vez sea que la emoción que produce un gol y el que provoca un aria, siempre termina con una explosión de entusiasmo estentórea.

Cuando los veo y los oigo —esto último más que lo primero— comentar con entusiasmo tal o cual pasaje de una ópera archiconocida, no puedo menos que pensar que hay algo importante que me estoy perdiendo en la vida, pues debo confesar —mea culpa, mea máxima culpa— que la ópera es una forma artística que sobrepasa a mi sensibilidad y gusto.

Una vez, sin embargo, pensé que la ópera tomaba algún sentido para mí. Fue en los Estados Unidos cuando, casi a la fuerza, me llevaron a ver una. Yo no tenía antecedente alguno. El nombre de su autor no me decía nada. Gian Carlo Menotti, bien podía ser el centro half del Boca Juniors, el ciclista vencedor de la última vuelta por Europa o el dueño de la pizzería de la esquina. Era, en cambio, el nombre de un compositor que era capaz de usar el género operático para dar una visión actual, viva y desgarradora del mundo de postguerra que se estaba viviendo entonces con su secuela de guerra fría.

La ópera se llamaba "El Cónsul" y en vez de los dulzones argumentos que yo había identificado con el género, Menotti traía a escena la brutalidad de una época despiadada, la patética visión de los refugiados políticos, sus dramas de largas antepasadas, de escondites angustiados, de esperanzas frustradas.

Principié a mirar con otros ojos a la ópera. Menotti había estrenado antes "La Medium" que, cuando la escuché, nuevamente volví a sentir el impacto de un canto y una música que sí me comunicaban sensaciones verdaderas. Por esos días, el compositor que había nacido en Italia y había llegado a la edad de 17 años, a los Estados Unidos para estudiar, siguiendo un consejo de Toscanini en el Instituto Cartis, era considerado como el hombre que renovaría el género. Un año después del estreno de "El Cónsul", fue comisionado

por la N.B.C. para escribir la primera ópera destinada originariamente para la televisión, "Amal y los visitantes de la noche", que tuvo un éxito rotundo y en 1954 su ópera "El Santo de Bleeker street" fue producida en Broadway y obtuvo el premio Pulitzer. Menotti estaba en el pináculo de su gloria. Sus adeptos —yo entre ellos— creíamos que sería el iniciador de una nueva escuela que cambiaría todo el concepto que hasta ahora se tenía del género operático.

Nos equivocamos, sin embargo. Ha transcurrido un cuarto de siglo y si bien Gian Carlo Menotti sigue vivo y con el dinero que ganó se ha dedicado a la organización del Festival de los Dos Mundos en la ciudad de Spoleto en Italia, donde cada verano se hacen representaciones teatrales y audiciones musicales con artistas jóvenes europeos y norteamericanos, no ha vuelto a componer nada comparable a sus obras señeras. En cierta medida, se puede decir que la revolución que se avistaba en la ópera con la obra de Menotti abortó al no tener él seguidores de su mismo rango. O, tal vez, porque lo que pretendía el compositor italo-norteamericano era algo contra natura, porque, al parecer, la gracia de la ópera está en su tradición, en su carácter notálgico, en la repetición de los mismos argumentos, la exhibición de los mismos personajes, el canto de las mismas arias.

Si no fuera una falta de respeto, yo me atrevería a decir que lo que pasó con Menotti en relación a la ópera, es lo mismo que le sucede a Piazzola con el tango. Es cierto que los tangos de Piazzola tienen más musicalidad, son más actuales, pero vaya uno hacérselo entender a un hincha de Discépolo y su "Cambalache". Claro que como es una falta de respeto comparar la ópera con el tango, no lo digo.

No vaya a suceder que la próxima vez que quiera ir al Teatro Municipal, no me dejen entrar.

PARTIQUINO.

LA SEGUNDA